

**Cristianos de fin de milenio: pruebas, noches
y otras perplejidades.**
Una aproximación a las crisis espirituales



MARÍA MARCELA MAZZINI DE WEHNER¹

CuadMon 134 (2000) 279 - 315

*“Cualquiera que sean los medios de los que el Señor se vale
para buscarte, déjate hallar...” J. Tauler².*

A nadie se le escapa el hecho de que vivimos épocas de crisis, es más, la reincidencia en el tratamiento del tema nos va induciendo poco a poco a la certeza de la presencia y de la universalidad de la crisis. A este convencimiento colectivo, hemos de sumarle el fin del siglo y del milenio, hecho que por sí sólo puede ser desencadenante del aludido estado “crítico”.

El término y la realidad de la crisis pertenece a ese género de cosas de las que se habla con la suposición implícita de que todos sabemos a qué nos referimos,

¹ Bachiller, Profesora y Licenciada en Teología Dogmática por la Facultad de Teología de la UCA. Realizó tareas docentes en diversas instituciones, actualmente colabora en la Facultad de Teología y realiza tareas de asesoramiento pastoral y teológico en el Obispado de San Isidro. Junto con INÉS O. DE LANÚS han escrito *Interioridad, Presencia y Acción de Dios en el Hombre, Según San Agustín* (Ed. Paulinas, Buenos Aires, 1993).

² Tercer sermón del domingo tercero después de la Trinidad. Cfr. TAULER, J., *Instituciones. Temas de Oración* Salamanca, 1990, p. 284.

y que nos estamos refiriendo a lo mismo. Con sorpresa advertiríamos que no es así. Efectivamente, la palabra crisis ha nacido polisémica y la actualidad ha enriquecido dicha polisemia, escuchamos hablar de crisis cultural, económica, laboral, política, social, etc. Todos los adjetivos parecen ser adecuados para este sustantivo, y surge la pregunta: ¿Será un concepto análogo?, y en ese caso, ¿cuál es el análogo principal?

Desearía dejar esa pregunta por el momento al margen, para hacerme esta otra, en términos cristianos: entre las muchas crisis posibles, ¿Se puede hablar de una crisis de tipo espiritual?

La lectura de numerosos textos de cristianos canonizados y no canonizados, nos llevaría rápidamente a la certeza de que dichas crisis existen y que han sido pormenorizadamente descriptas por algunos de ellos. Parecería que tenemos los testimonios, pero no la sistematización del tema, vale decir, una teoría de la crisis suficientemente acreditada, probada, que permita abordar la cuestión como tema de estudio.

Esta es, al menos, la opinión de la mayoría de los autores que tuve oportunidad de consultar, con motivo de un trabajo de investigación realizado en el año 1998 sobre el tema.³

Me interesa brindar aquí una síntesis de lo investigado por varios motivos: primero, para compartir el trabajo con alguna persona que le pueda interesar el tema; segundo, como una manera de recapitular y sintetizar el camino recorrido antes de seguir adelante; tercero, para seguir pensando, estudiando y analizando esta cuestión, dejando abierto el debate y el intercambio con todos aquellos que les interese hacerlo.

Antes de introducirnos propiamente en el pensamiento de los autores estudiados, me parece importante señalar que el mencionado trabajo de investigación sobre crisis tenía el objetivo de indicar el estado de la cuestión. Por “estado de la cuestión” entiendo la determinación, lo más precisa posible, de lo que se ha escrito o estudiado sobre el tema y las principales conclusiones a la que los autores han arribado.

Este propósito requirió un trabajo previo: hacer una búsqueda bibliográfica

³ Se trata del resultado de un trabajo sobre el tema “Crisis Espirituales”, realizado con ocasión de una beca de investigación, concedida por la Universidad Católica Argentina y desarrollado entre marzo y octubre de 1998. El informe fue expuesto en noviembre de 1999. El presente artículo es un extracto de aquel trabajo, de allí su estilo de “informe de investigación”, que no hace demasiado amena la lectura, pido disculpas por ello. El trabajo completo, relativamente extenso, está en la biblioteca de la Facultad de Teología; en dicho trabajo hay una lista bibliográfica que puede resultar de utilidad para quien le interese el tema.

ca. Al hacerla, descubrí que era un asunto más tratado de lo que yo suponía y que resultaría imposible estudiar todos los autores que se habían ocupado de investigar acerca de las crisis.

Se percibía entre ellos líneas distintas de pensamiento; y después de algún tiempo de lectura, decidí seleccionar algunos pensadores que fueran representativos de esas distintas maneras de encarar el estudio del tema. Noté que no era suficiente elegir el autor, sino que también se hacía necesario, para una mayor determinación del estudio, elegir una obra (artículo, libro o fragmento relativamente extenso de un libro).

La difícil y discutible selección recayó sobre cinco autores y sus obras:

- Isidor Baumgartner en su manual *Psicología Pastoral. Introducción a la praxis de la pastoral curativa* Bilbao, 1997. (Particularmente la tercera y cuarta parte de la obra: pp.147-357).
- Luigi de Cándido en el artículo *Crisis* en AA.VV. (dir. por Goffi - de Fiores Guerra) *Nuevo Diccionario de Espiritualidad* Madrid, 1991, pp.380-398.
- Javier Garrido en el libro *Proceso Humano y Gracia de Dios. Apuntes de Espiritualidad Cristiana*, Santander, 1996 (Particularmente capítulo 7 de la primera parte y toda la segunda parte de la obra: pp.177-507).
- Francis K. Nemeck – María T. Coombs en *Nuestra Trayectoria Espiritual* Madrid, 1988 (Particularmente: capítulos 2,3,15,16: pp.35-60 y 219-243).
- Karl A. Slaikeu en su obra *Intervención en Crisis. Manual para práctica e Investigación* México, 1992 (Particularmente: capítulos 1-5, 8, 10 y 18: pp.2-74, 104-130, 152-161, 246-256).

Iremos desarrollando el tema yendo de lo más simple a lo más complejo. Comenzando por el artículo de L. De Cándido, de manera de tener una aproximación general, luego analizaremos el material de Nemeck-Coombs, cuyo tratamiento está en la línea clásica de noches y etapas del itinerario espiritual. El tercer paso, nos hará incursionar en la psicología, exponiendo la teoría de la crisis según Karl Slaikeu. La cuarta y quinta etapas estarán reservadas a Baumgartner, con un planteo venido de la psicología pastoral, y a Javier Garrido, con su particular abordaje de la cuestión.

1. L. de Cándido: Una mirada optimista frente a la crisis

El artículo del NDE⁴, comienza haciendo algunas indicaciones terminológicas. En el lenguaje corriente, crisis evoca una contingencia desfavorable y peligrosa de la que hay que salir inmediatamente. Es una palabra con una carga negativa muy importante. Sin embargo, rastreándola etimológicamente podemos constatar que no se presenta siempre así: en griego, la palabra “crisis” significa fuerza distintiva, querella, separación, elección, juego, opción, juicio, rechazo, sentencia, condena y también éxito, solución, logro, explicación, interpretación. El verbo “Κρίνω” es igualmente rico en acepciones: significa distinguir, elegir, preferir, decidir, juzgar, interpretar, explicar. En latín también encontramos una significación parecida: “crisis” es el sesgo definitivo de una situación.

Incluso en el vocabulario médico, crisis es el punto decisivo, el umbral determinante, la línea de cambio de una situación. La etimología y la aplicación científica parecen rescatar a la palabra crisis de sus aspectos negativos.

De hecho, la crisis es un modo de colocarse frente a la realidad, es una situación de la persona. Es la persona, no la realidad externa, la que se encuentra en crisis con esa realidad. Al autor le interesa señalar que la situación de crisis es una condición inherente, propia del ser humano. Al ser la crisis algo propio de la persona, es incorrecto hablar de crisis de fe, se trata de una crisis *en la fe* de esta persona. En la óptica de L. de Cándido, casi todas las crisis pueden reducirse a una crisis de identidad y son superables con la colaboración de la persona desde su interioridad.

La segunda parte del artículo muestra a diversos personajes bíblicos en crisis. Desde Adán hasta San Pablo, se recorren las diversas crisis personales como oportunidades de crecimiento y de apertura a la gracia. Esta recorrida histórica prosigue con los santos, en la tercera parte del artículo. El objetivo parece ser el señalado en una afirmación de la página 390: “...incluso a través de la crisis, la persona se realiza en la santidad”. Según de Cándido las crisis del presente, que tanto nos descolocan, pueden encontrar su correlato en todos estos personajes del pasado.

El análisis de estos personajes paradigmáticos en crisis, parece lo más rico del artículo y lo más cercano a la experiencia: *Abrahám* experimenta una crisis institucional, al encontrarse en la alternativa entre las tradiciones culturales, tribales y el abandono de su tierra en pos de un nuevo proyecto. En el *éxodo* contemplamos a un pueblo entero en crisis. *David* padece su propia crisis teológica y sobre todo ética con los episodios de homicidio y adulterio que protagoniza.

En el Nuevo Testamento, de Cándido caracteriza adecuadamente el “des-

⁴ *Nuevo Diccionario de Espiritualidad.*

concierto” creyente de *María* y la figura del *Bautista* como aquel que tiene la capacidad de poner en crisis a quienes lo ven y lo escuchan. Nos muestra las tentaciones de *Jesús* como crisis y los numerosos episodios en los que podemos ver a *Pedro* en estado “crítico”. La única crisis “tenebrosa” en términos del autor, es la de *Judas*.

En esa tercera parte del artículo, además del repaso histórico por la vida de los santos, se toma la crisis espiritual desde tres ángulos: como crisis *teologal*, *ética* e *institucional*.

En el ámbito *teologal* vuelve a insistir en el tema del hombre en crisis; según el autor, es incorrecto hablar de crisis de fe, debe hablarse de una crisis en la fe de esta persona.

Su noción de crisis parece coincidir por momentos con el término clásico “purificación”, en el sentido de circunstancia dolorosa permitida por Dios para sacar algún provecho. No se resalta suficientemente el hecho de que la crisis, en cuanto a experiencia y desenlace, estando en juego la libertad humana, puede ser ambivalente.

Lo *ético* se define en el ámbito de la libertad y aparece presente en toda decisión humana.

En cuanto a lo *institucional*, antes de describir las diversas instituciones, las define: “*Instituciones, en el horizonte de la espiritualidad, son realidades estables fundadas por Dios como espacio para la expansión personal y colectiva de la humanidad*” (p. 392).

El cuestionamiento, cuando existe en una persona de fe, no está dirigido primeramente al plan de Dios, sino a su concreción en determinada institución. Hace un recorrido de las instituciones: familia, Iglesia, sacramentos, sacerdocio, vida religiosa, vocaciones. Le interesa mostrar que es la persona la que cuestiona y en realidad se cuestiona a sí misma o debería hacerlo. El acento parece demasiado desplazado aquí hacia una actitud de defender la institución frente a la crítica, más que comprender a la persona en crisis.

De Cándido avanza sobre este argumento para afirmar en el último tramo de esta tercera parte (hablando de la crisis de las vocaciones): “*A nivel institucional, la realidad preocupa. A nivel teologal, el problema no existe*” (p.395).

La cuarta parte está destinada a las orientaciones para superar la crisis: realismo, optimismo, globalidad, cultura, ejemplaridad, comunión, ascetismo, mística, oración, espera. La comunión, la ejemplaridad, la oración y la espera, son los párrafos más logrados de esta parte.

El artículo no tiene notas. No he tenido acceso a la bibliografía citada por de Cándido, por los títulos y autores parece circunscribirse al panorama cultural español o en el mejor de los casos, europeo.

Existen otras voces de este mismo diccionario, que abordan temas colate-

rales pero esclarecedores. Particularmente útil resulta leer la voz *Itinerario Espiritual* escrita por S de Fiore.

2. *Umbrales Críticos: el aporte de F. K. Nemeck y M. T. Coombs*

En su obra *Nuestra Trayectoria Espiritual*, estos autores describen las diversas etapas de la vida espiritual y los pasos de una etapa a otra, a los que describen con el nombre de “umbrales críticos”.

La significación de la palabra “crisis” o “crítico” en estos autores, es la de “punto decisivo”. La expresión “umbral crítico”, suma dos significaciones: la de crisis, que venimos describiendo y la de **umbral**⁵, que tiene toda la simbología del pasaje, cambio de estado o de situación y en la simbología religiosa particularmente, reviste la significación de iniciación. El iniciado, en las religiones con raíz o influencia gnóstica, es el que ha entrado en el misterio, el que comienza a participar del rito porque ha sido introducido en el conocimiento de Dios y de las cosas que se le refieren⁶.

Según Nemeck y Coombs, todas las personas atraviesan muchos umbrales en los distintos niveles de su desarrollo: físico, psicológico, espiritual, pero no todos son críticos. Entienden por “umbrales críticos”, aquellos que son más fundamentales y decisivos, que separan una etapa de otra “*que perfilan distinciones cualitativamente básicas dentro de un progreso y sobre los cuales se pueden emitir juicios serios*” (*Nuestra Trayectoria...*, pp. 35-36).

Tres cualidades caracterizan estos umbrales:

1. Son *radicales*, afectan al hombre profundamente y en su globalidad: actitudes, convicciones profundas, creencias, etc.
2. Después de atravesado el umbral, el cambio producido es *irreversible*. Aunque en el momento intermedio, entre una etapa y la otra se den oscilaciones, una vez adquirido el nuevo equilibrio, lo anterior queda definitivamente atrás.
3. Son *sucesivos*, lo cual supone una concepción evolutiva del cami-

⁵ Los autores describen así el concepto de **umbral**: «*Aplicándola a la trayectoria de nuestra vida interior, denota una encrucijada, una intersección, una nueva brecha que si se sigue lanza e introduce al caminante en un nivel nuevo de fe, esperanza y amor*», FRANCIS K. NEMECK – MARÍA T. COOMBS en *Nuestra Trayectoria Espiritual*, Madrid, 1988, p. 37.

⁶ Sobre este tema, para una aproximación general, se puede consultar la voz *Símbolos Espirituales* en NDE 1502-1516, escrita por CH. BERNARD, o el capítulo sobre *Lenguaje Simbólico* en su obra *Teología Espiritual*, Madrid, 1994, pp. 189-201. Para un estudio más profundo, del mismo autor *Théologie Symbolique*, Paris, 1979.

no cristiano y de las crisis. Los autores se preocupan de mostrar la no-rigidez del esquema, pero lo proponen como apto para comprender la transformación espiritual.

Para mostrar el cambio, usan la comparación (teresiana y clásica) del gusano de seda y la mariposa. Señalan que un acontecimiento traumático puede precipitar el paso de una etapa a otra, colocándonos en uno de estos “umbrales”⁷.

Cada umbral es singular y único, sin embargo, presentan características comunes: inquietud, transición, estabilización. Estas características son a la vez, las distintas fases de la crisis.

Los autores describen siete umbrales críticos, de los cuales, el primero y el último: creación personal y muerte, son los más radicales.

Los otros cinco: inmersión en la creación, emergencia a través de la creación, conversión, desposorio espiritual y matrimonio espiritual, tampoco son iguales en intensidad. Nemeck y Coombs piensan que el más intenso es el “emerger a través de la creación”, ya que todo lo anterior está dirigido a él y los tres umbrales siguientes, son desarrollo de éste.⁸

3. Hacia una Teoría de la Crisis: la visión de K. Slaikeu

Nos introducimos ahora en el campo de la psicología, vamos a hacer referencia aquí a algunos conceptos fundamentales de este autor acerca de la crisis. Es importante tener en cuenta que Slaikeu es un investigador en la perspectiva exclusivamente psicológica de este tema, y que se ha encargado de recopilar trabajos y aportes de distintos autores.

Las Raíces semánticas están dadas por el verbo griego “*krino*”: decisión, escisión (y los otros significados vistos más arriba, con motivo del artículo de L. De Cándido) y por el ideograma chino “*Weiji*”, que significa peligro y oportunidad, simultáneamente.

*** Teoría General de la Crisis:**

Una crisis es un estado temporal de trastorno y desorganización, caracteri-

⁷ Es la opinión de J. MAC AVOY en el artículo *Crises affectives et vie spirituelle en Dictionnaire de Spiritualité*, t. II,2, cols. 2537 ss. Según este autor, las crisis circunstanciales, en el fondo son evolutivas.

⁸ Ver esquema de los umbrales críticos y su explicación en *Nuestra Trayectoria...*, pp. 44-60.

zado principalmente por:

1. La **incapacidad** del individuo para abordar situaciones particulares, utilizando métodos acostumbrados para la resolución de los problemas,
2. Y por el **potencial** para obtener un resultado radicalmente positivo o negativo.

Algunos autores insisten en el trastorno emocional y el *desequilibrio* que provoca la crisis, como el elemento determinante de la misma. Otros, en cambio, hacen hincapié en el *componente cognoscitivo* de la misma, ya que la crisis o bien altera la expectativa vital de la persona, o bien sus características traumáticas hacen incapaz al individuo de manejar situaciones nuevas o desconocidas.

Todos los seres humanos estamos expuestos a lo largo de nuestras vidas a experimentar crisis caracterizadas por una gran desorganización emocional, perturbación y trastornos en las estrategias previas de enfrentamiento.

El estado agudo de crisis está limitado en el tiempo (de 4 a 6 semanas), casi siempre se manifiesta por un suceso que lo precipita (puede ser un hecho venido de fuera: por ejemplo, la jubilación, o una opinión o pregunta hecha por otra persona: por ej. “¿eres feliz?”, “a menudo te veo triste”, etc.).

La crisis es esperable que siga patrones secuenciales de desarrollo en diversas etapas y tiene un potencial de resolución hacia niveles más satisfactorios o menos satisfactorios de vida para el protagonista.

* **Sucesos precipitantes:**

Normalmente, los comienzos de una crisis son identificables, esta experiencia se ha comprendido como algo precipitado, desencadenado, por algún suceso específico. Algunos hechos son universalmente devastadores, de modo que casi siempre son capaces de desencadenar una crisis. Otros no provocan la crisis, pero predisponen a ella, la experiencia nos permite concluir que para comprender a quien atraviesa una crisis y la intensidad subjetiva del suceso precipitante, hay que ver el hecho no sólo en sí mismo, sino en la historia de la persona, en el contexto de la historia de su desarrollo.

El impacto de un suceso particular depende del tiempo, intensidad, duración, secuencia y grado de interferencia con otros sucesos del desarrollo. El hecho precipitante se manifiesta a la persona y es interpretado por ella como el “colmo” de lo que podría sucederle, o el final de una larga lista de otros acontecimientos de

igual intensidad y significación.

T. H. Holmes y R. H. Rahe⁹, investigaron la relación entre la salud física y los sucesos de estrés. De acuerdo con estas investigaciones adjudicaron un valor numérico a los sucesos de estrés más significativos que pueden presentarse en la vida de una persona. Según este modelo, la crisis se define por la superación de determinado valor numérico-simbólico. Para nuestros objetivos, esta escala no tiene tanto en valor en sí misma, sino que nos permite observar la capacidad desestructurante de algunos acontecimientos.

*** Tipos de Crisis:**

El autor marca básicamente dos tipos de crisis: las *crisis en la vida durante el desarrollo* y las *crisis circunstanciales* (desarrolladas por Slaikeu en los capítulos 3 y 4 de su Manual).

El criterio de clasificación está dado por el llamado “suceso precipitante”, cuando éste es una alternativa del crecimiento humano, estamos frente a una crisis de desarrollo (por ejemplo: crisis de la mitad de la vida), cuando es un suceso que puede darse en cualquier momento de la existencia, hablamos de crisis circunstancial (por ejemplo: una inundación o la muerte repentina de un familiar cercano).

*** Algunas características generales:**

- Desorganización y desequilibrio

Uno de los aspectos más obvios de la crisis es el trastorno emocional grave o desequilibrio, experimentado por el individuo.

Diversos estudios¹⁰, han sacado como conclusión que las personas en crisis experimentaron los siguientes síntomas: sentimientos de cansancio y agotamiento¹¹, de desamparo, de inadecuación, de confusión, síntomas físicos, sentimientos de ansiedad, desorganización del funcionamiento de las relaciones laborales, desorganización del funcionamiento de las relaciones familiares, de las relaciones y actividades sociales.

⁹ En su obra *The Social Readjustment Rating Scale*, New York, 1967.

¹⁰ Entre todos esos estudios, se destaca el realizado en 1973, por H. HALPERN, *Crisis Theory: A Definitional Study* en *Community Mental Health Journal*, nº 9, 342-349.

¹¹ El factor cansancio es fundamental en la determinación de los cuadros depresivos, al respecto se puede ver CANOVA, F., *¿Cansados o Deprimidos?*, Bs. As., 1993.

- Vulnerabilidad y reducción de las defensas

Una parte en la desorganización del estado de crisis, es la vulnerabilidad y sugestibilidad del individuo, a este fenómeno se lo llama también “reducción de las defensas”. Cuando una persona ya no es capaz de enfrentar la situación en la que vive y le parece que todo va a destruirse, se encuentra en una disposición tal, en la que no tiene casi nada que defender.

Los estudiosos del tema afirman que durante ciertos momentos del estado de crisis, la persona se encuentra en óptimas condiciones de hacer nuevas conceptualizaciones, cambiar sus puntos de vista, etc. Este cambio le permitirá entender mejor lo que está pasando y podrá hacer modificaciones en su conducta y adaptarse mejor a la situación que vive, llevando una vida más satisfactoria.

- Trastornos en el Enfrentamiento

Casi cualquier definición de crisis se centra en la idea de que el enfrentamiento o la solución de los problemas se han trastornado. La crisis produce una perturbación tal que se traduce en todo tipo de malestares difíciles de tolerar y que ponen en juego los recursos disponibles para solucionar los problemas.

Las estrategias tradicionales de resolución que la persona solía utilizar, no le sirven, por ejemplo: redefinir la situación, ignorarla, hablar con un amigo, tomarse vacaciones, etc. La crisis se caracteriza por un trastorno de estos procesos. La solución racional es imposible y la persona tiene dificultades para manejar los aspectos subjetivos del hecho (ansiedad, agotamiento, trastornos físicos, etc.).

- Límites de tiempo

A partir del trabajo de Caplan¹², se volvió clásico hablar del período de crisis como un lapso que abarca aproximadamente seis semanas. Cabe hacer la aclaración entre período agudo y crónico, evidentemente se hace referencia a la etapa aguda al hablar de seis semanas. También habría que distinguir entre restauración del equilibrio y resolución de la crisis.

El supuesto de la afirmación de las seis semanas de duración de la crisis en cuanto desorden, es que los hombres no toleran niveles altos de desorganización durante períodos largos. La inestabilidad debe estar *necesariamente* limitada en el tiempo.

- Fases de la crisis

Caplan¹³ define así las distintas fases:

1. Elevación inicial de tensión por el impacto de un suceso externo.

¹² CAPLAN, G. *Principles of Preventive Psychiatry*, New York, 1964.

¹³ CAPLAN, G., *op. cit.*

2. Falta de éxito en las soluciones propuestas para el problema. Continúa el impacto del suceso estimulante, incremento de la tensión, sentimiento de trastorno e ineficiencia.

3. Como la tensión se incrementa, se movilizan otros recursos. La crisis puede desviarse de diversas maneras: reducción de la amenaza externa, éxito en las nuevas estrategias de enfrentamiento, redefinición del problema, renuncia a propósitos fijos que resultan inasequibles.

4. Si ninguna de las posibilidades resulta, la tensión aumenta hasta un punto crucial, resultando una desorganización emocional grave.

Otros autores, distinguen, en términos generales, las siguientes etapas: llanto, negación, intrusión, penetración y consumación¹⁴. En el suceso específico del duelo, se suelen distinguir las siguientes fases: negación, enojo, regateo, tristeza y aceptación.

- Resultado de la Crisis: para mejorar o empeorar

Teóricamente, podemos hablar de tres modos distintos de resolución de las crisis: para mejorar, para empeorar o para volver al estado que se tenía anterior a la crisis. En la práctica, el resultado más común de la crisis es la primera o segunda posibilidades.

Las crisis son especies de puentes decisivos y críticos en los que el peligro y la oportunidad coexisten, y en donde los riesgos son altos. Los resultados peligrosos pueden ser físicos o psicológicos.

Los autores suelen coincidir en que después de determinado período la crisis pasará o se resolverá de alguna manera. La solución puede ser satisfactoria o no, y se supone que el tipo de solución alcanzada, tendrá implicaciones en el funcionamiento futuro del individuo.

Una solución satisfactoria, da en general como resultado una personalidad más segura e integrada, con fuerzas mayores para enfrentar futuras tensiones. De hecho, el estado actual de la salud mental de la persona puede contemplarse como un producto de la forma en la que se han resuelto las crisis del pasado.

Slaikeu, afirma que la resolución positiva de la crisis puede definirse como aquel nuevo equilibrio en el que la persona ha ingresado, penetrando en el suceso de crisis, de modo que se integre en el conjunto de su vida y de su historia, dejando a la persona abierta, en vez de cerrada al futuro.

¿De qué depende la resolución satisfactoria de la crisis? Podemos afirmar

¹⁴ Así lo hace HOROWITZ, M. J., *Diagnosis and Treatment of Stress Response Syndroms: General Principles*, Maryland, 1976.

que intervienen tres tipos de factores: en primer lugar, los recursos materiales; en segundo lugar, los recursos personales (la fuerza del yo, historia previa, sobre todo la que se refiere a la resolución de acontecimientos estresantes, cualquier problema de personalidad no resuelto, salud física, etc.)¹⁵; en tercer lugar, los recursos sociales (las personas que están alrededor cuando aparece la crisis, familia, amigos, compañeros de trabajo, etc.).

Entre los recursos sociales, Slaikeu integra la figura del asesor espiritual, como un recurso especialmente valioso para la terapia en crisis de los creyentes.

***Terapia en Crisis por el clero¹⁶**

Slaikeu habla de las cuatro tareas a realizar por el acompañante luego de finalizada la ayuda inmediata. Estas tareas son las mismas para cualquier tipo de asesor en crisis, (se le añadirá, en el caso del clero o de los asesores espirituales, algunas particularidades):

1. *Asegurar la supervivencia física* (si fuere necesario, por ejemplo, en una catástrofe natural). Para ello el ministro podrá movilizar a una comunidad de una manera relativamente rápida en orden a una ayuda eficaz.
2. *Identificar y expresar los sentimientos que acompañan la crisis*: Muchas veces los parroquianos recurren a sus ministros para que los guíen en el manejo y en la expresión de sus emociones. Muchas personas piensan que expresar sus sentimientos de dolor, tristeza, etc., constituye una falta contra Dios o contra la fe. Será tarea del asesor religioso facilitar la libertad en la expresión de los sentimientos, deslindándolos de la culpa moral o religiosa. Es más, muchas emociones “temidas” por las personas pueden ser legitimadas por medio de las vivencias religiosas, por ejemplo, si en un funeral se expresa la tristeza de una manera verbal o no verbal, los familiares y amigos del fallecido, se animarán a admitir en sí mismos y en sus familias estos sentimientos, lo cual redundará en una mejor resolución del duelo¹⁷.
3. *Obtener dominio cognoscitivo sobre la crisis*: El autor recuerda aquí que es importante la presencia del ministro para atender las dificultades teológicas

¹⁵ Lo alentador del hecho de que en la crisis afloren problemas de personalidad no resueltos, consiste en la posibilidad que da de resolverlos la misma situación de crisis.

¹⁶ Al hablar de “clero”, el autor se refiere especialmente a los pastores de las iglesias reformadas, pero no excluye de esta figura ni al clero católico, ni a otro tipo de asesores/acompañantes espirituales.

¹⁷ Ver lo que dice respecto del ritual de exequias A. GRÜN en *El gozo de vivir. Rituales que sanan*, Navarra, 1998, pp. 163-169.

(por ejemplo: ¿Esto es Voluntad de Dios? ¿Cómo un Dios amoroso y todopoderoso puede permitir esto?, etc.). Algunas veces la cólera contra Dios se exterioriza hacia el ministro visitante, como si él pudiera haber evitado el suceso crítico.

Slaikeu afirma que aquí el dominio cognoscitivo involucra tres pasos: *Comprender* las realidades del suceso de crisis: qué paso, cómo, etc. *Examinar* lo que la persona en crisis cree o piensa sobre el suceso, por ejemplo: “nunca pensé que me podría suceder esto”, “no puedo seguir viviendo sin él/ella”, “si en verdad Dios fuese bueno, esto no sucedería”. *Re-conceptualizar*: La charla acerca de las creencias a la luz del suceso de crisis, se encaminará hacia una confirmación de esas creencias, cambios significativos en ellas o reemplazo por nuevas creencias.

4. *Hacer un rango de adaptaciones conductuales e interpersonales necesarias para enfrentar la crisis*. Los ministros, gracias a la aludida red social natural que se establece en las comunidades unidas por una misma fe religiosa, pueden facilitar conductas nuevas después de la crisis. Slaikeu pone como ejemplo a una viuda a quien a instancias del pastor que coordina los esfuerzos, se la ayuda en su reinserción social y comunitaria, con las nuevas tareas y responsabilidades que tiene que afrontar, etc. Señala también que muchas veces la adaptación conductual se enriquece si el ministro procura que la misma persona en crisis haga algo por alguna otra persona.

El autor, como psicólogo, se permite hacer algunas apreciaciones sobre el rol de los ministros religiosos y sugiere algunas tareas para el porvenir, que sería largo detallar aquí.

Como conclusión del tema, Slaikeu hace una observación interesante: la mayor parte de las veces, los ministros religiosos se ven a sí mismos como ayudantes de complemento o de segunda clase, aunque en realidad, por la relación que tienden a establecer, o tienen establecida ya, con quienes padecen crisis, son personas a las que naturalmente se recurre en primer lugar, quedando por ello en el centro o en el protagonismo de la ayuda.

4. Isidor Baumgartner: Las crisis desde el enfoque de la Psicología Pastoral

Tal como lo señaláramos al comienzo, el autor desarrolla el tema en su *Manual de Psicología Pastoral*¹⁸, en la tercera y cuarta partes de la obra.

¹⁸ *Psicología Pastoral. Introducción a la Praxis de la Pastoral Curativa*, Madrid, 1997.

“Ceguera” y “Tristeza” – Crisis en las Trayectorias Vitales

El autor explica las distintas formas que adoptan las crisis. Según Baumgartner en la “ceguera y tristeza” de los discípulos de Emaús que narra Lucas en su evangelio, tenemos una imagen de lo que les sucede a las personas cuando se encuentran atravesando una crisis. En la visión de la necesidad de ayuda, se encuentra ya el comienzo de la solución.

El desarrollo del tema comienza con la constatación de la dificultad que representa la polisemia del término “crisis”. Aclara el autor que él llama “crisis de la vida” a aquellas circunstancias en las que la persona se encuentra “sin salida”, sujeta a una pesada carga que le resulta muy difícil de sobrellevar: enfermedades, heridas psíquicas, pérdida de seres queridos, desengaños profundos, cambios de vida decisivos, etc.¹⁹.

Baumgartner nos aporta los mismos datos que Slaikeu acerca del comienzo de la investigación del tema crisis y de sus teóricos²⁰. Afirma que los fenómenos de crisis son aún poco estudiados y que del estado actual de la investigación sobre crisis, se extraen dos consecuencias:

1. No puede presentarse una teoría de la crisis sistemática y cerrada que esté acreditada, es decir, suficientemente comprobada en la praxis del trabajo social y de la pastoral o del acompañamiento espiritual. Los estudios se encuentran en la etapa de aproximación al fenómeno “crisis” desde diversos ángulos y puntos de partida, sobre los cuales se reflexiona a fin de poder brindar una ayuda más eficaz en el acompañamiento espiritual.
2. En el marco de un tratado teológico, se necesita ir más allá del fenómeno “crisis”, tal como lo enfocan las ciencias humanas, para llegar a cuestionarse qué papel juega Dios en estas circunstancias. Se trata de reflejar la crisis como situación de los seres humanos ante Dios.

Las *características de las crisis*, constituyen el punto de partida para un enfoque multidimensional de las mismas. Muchas crisis están relacionadas con el desarrollo psíquico de la persona, se las llama *crisis de maduración* o *crisis normativas*, a diferencia de las *crisis accidentales* que son aquellas que no se desprenden de la

¹⁹ Cfr. p. 149.

²⁰ Coinciden en señalar los mismos autores como los principales estudiosos e investigadores de esta cuestión: por ejemplo el libro de G. CAPLAN, *Principles of Preventive Psychiatry*, New York, 1964 y las diversas investigaciones de E. LINDEMANN a partir del incendio de un centro nocturno en Boston en 1944. Una de ellas es: LINDEMANN, E., *Symptomology and Management of Acute Grief*, en *American Journal of Psychiatry*, 1944, n°101, 141-148.

evolución personal, pueden sucederle a cualquiera, en cualquier momento²¹.

Por otra parte, las crisis muestran evoluciones típicas, que si bien no se verifican en todos los tipos de crisis, el conocimiento de las fases de dicha evolución y de los sentimientos que se suscitan, es de gran ayuda para el asesoramiento pastoral²².

Hay ciertas estructuras de personalidad que son más propensas que otras a desarrollar determinados tipos de crisis. Del mismo modo, hay historias personales que hacen prever posibles crisis de diversas clases. Las experiencias traumáticas en la infancia y una inserción social insuficiente, aparecen como dos características de una personalidad a la que le resultará difícil superar los momentos críticos de la vida.

Respecto del tema de la personalidad de riesgo o propensa a la crisis, el autor hace una constatación: en las modernas condiciones de vida, en comparación con las anteriores a la revolución industrial, las transiciones naturales de la vida se han convertido en sucesos críticos que hacen fracasar frecuentemente a los seres humanos. Aún faltan elementos en la investigación, para dar razones de éste fenómeno.

Baumgartner cita a dos autores que dan motivos de este hecho desde el punto de vista social²³, afirman que hasta la revolución industrial, las personas de las sociedades occidentales, contaban con más condicionamientos en su libertad individual, pero con más contención social. Luego de la revolución industrial, en cambio, hay más libertades pero menos acompañamiento por parte del entorno familiar y social, esto hace que, según ellos, las personas sean más vulnerables frente a las circunstancias críticas de la vida.

El fracaso en la resolución de una crisis puede hacerse crónico. La fijación en determinadas circunstancias críticas no resueltas puede devenir en neurosis o psicosis. En el acompañamiento espiritual resulta indispensable el conocimiento y la capacidad de reflexionar y hablar acerca de las crisis experimentadas.

La contribución específica de la psicología pastoral consiste en poder enfocar la crisis como circunstancia del ser humano frente a Dios. Se trata de relacionar las diferentes dimensiones de la crisis reflexionadas desde la psicología, con conceptos religiosos tales como “cruz”, “fe”, etc. Esta perspectiva teológica preservará al acompañante espiritual de una reducción psicologista en su enfoque del tema.

²¹ Esta afirmación es prácticamente universal.

²² Usamos como equivalentes las expresiones “acompañamiento espiritual”, “asesoramiento espiritual”, “asesoramiento pastoral”.

²³ Dichos autores son PETER L. BERGER y THOMAS LUCKMANN, su teoría se encuentra principalmente en la obra *Die gesellschaftliche Konstruktion der Wirklichkeit*, citado en *Psicología Pastoral...*, p. 157. En este caso, como en el de las otras citas que aparecen en el libro de BAUMGARTNER, el autor no coloca editorial, ciudad, ni año de la edición.

Baumgartner plantea una pregunta interesante: ¿Qué sucesos y condiciones de vida llevan consigo un riesgo aumentado de crisis psíquica? Responde a esta pregunta citando la escala de T. H. Holmes y R. H. Rahe, que ya hemos conocido en el trabajo de Slaikou²⁴. Lo que Baumgartner destaca como común a todos los hechos enumerados en la escala, es que todos ellos, tanto los felices como los dolorosos, están invitando a plantearse costumbres consolidadas para darles una nueva orientación. La adaptación a nuevos modos de vivir, de trabajar, etc., movilizan las fuerzas psíquicas de manera tal, que la persona se encuentra más predispuesta a la crisis; o bien, si se acumulan cierta cantidad de acontecimientos de estas características, el desenlace de la crisis es prácticamente inevitable.

Baumgartner dedica un espacio de esta tercera parte de su libro a la psicología del desarrollo de E. Erikson, plantea en líneas generales la teoría de este autor y las grandes etapas en las que se divide el desarrollo humano²⁵.

Resulta interesante señalar la valoración crítica que Baumgartner hace a la teoría del desarrollo. Por un lado, cuestiona los criterios que utiliza Erikson para la división de las fases del desarrollo y la determinación de las tareas inherentes a cada etapa. Por otro lado, señala que esta división es sumamente útil y que constituye un acierto el hecho de determinar que hay tareas características de cada momento evolutivo. Afirma también que estas fases tienen un correlato en el misterio cristiano, que nos permite establecer el nexo existente entre las diversas tareas vitales inherentes a cada estadio del desarrollo y las verdades de la fe.

En un cuadro que el autor coloca en esta parte, podemos ver las antinomias que caracterizan el desarrollo humano, según Erikson, junto a parejas antinómicas de *realidades de fe* (“símbolo”, en el sentido de aquello que unifica) y de *realidades de falta de fe* (“diabol”, en el sentido de aquello que divide).

Baumgartner avanza señalando algunos tipos de crisis que él denomina ejemplares. Afirma que en las crisis de la infancia es posible divisar y perfilar las posteriores crisis del adulto y que, al mismo tiempo, las crisis de los niños tienen mucho que ver con las que atraviesan sus padres.

Se expone acerca de los síntomas de crisis en los niños: alteraciones en el campo de las funciones corporales, del lenguaje, en el área emocional, peculiaridades en el comportamiento social, problemas en el área de la actividad y del rendimiento.

Habla acerca de la necesidad de una educación religiosa sana para los niños, ya

²⁴ HOLMES, T. H. y RAHE, R. H., *The Social Readjustment Rating Scale*, New York, 1967.

²⁵ ERIKSON es citado también como referente en las obras de NEMECK-COOMBS y de SLAIKEU.

que algunos estilos de formación en la fe, alteran la imagen de Dios e incluso pueden menoscabar la salud psíquica.

Dedica unos cuantos párrafos a hablar del proceso de crisis en sus aspectos psicológicos, es decir, cuáles son las etapas que se atraviesan y sus características. La primera sistematización que presenta Baumgartner es la de Caplan²⁶ que ya hemos citado al trabajar sobre el texto de Slaikeu. La segunda sistematización es la de Erika Schuchardt²⁷. Esta concepción de las fases de la crisis es muy parecida a las fases de aceptación de la muerte (propia y ajena) que describe E. Kübler-Ross²⁸, a quien se le reconoce autoridad en el tema por su vasta experiencia en el acompañamiento terapéutico de pacientes oncológicos en su estadio terminal. Las vivencias que la Dra. Kübler-Ross señala, son las siguientes:

1. No querer reconocer y aislamiento (“¡yo no!”).
2. Ira (“¡por qué yo!”).
3. Deliberar o regatear con Dios, con los médicos, etc. (“quizás no, o aún no; sí, pero...”).
4. Depresión (“Esta situación es demasiado para mí”).
5. Aceptación (“Sí, puedo aceptar mi destino”).

A este punto de la exposición, Baumgartner hace una observación que me parece sumamente interesante: si bien estas fases se dan especialmente en la elaboración del duelo, hay dos experiencias universales que se encuentran allí descritas, la pérdida y la despedida, que se dan de un modo particular en las situaciones de crisis. Esta constatación, nos permite afirmar que en toda crisis se encuentra en gran medida el proceso ambivalente del duelo.

Lo que acabamos de exponer, le da pie al autor para hablar, precisamente, de las fases del duelo²⁹: la fase del no querer reconocer, la fase de las emociones que afloran, la fase de la búsqueda, del encuentro y del separarse, y finalmente la fase de una nueva perspectiva del mundo. Marca la conveniencia de que el acompañante espiritual conozca estas fases y facilite la expresión y la elaboración de los sentimientos que acompañan a las pérdidas inherentes a las situaciones de crisis.

El punto n° 6 de esta tercera parte, está consagrado a exponer las teorías

²⁶ *Op. cit.*

²⁷ En su libro *Krise als Lernchance*, 195. Citado en *Psicología Pastoral...*, pp. 188 y ss.

²⁸ En *Interviews mit Sterbenden*, esta obra recoge gran cantidad de conversaciones con moribundos. Citado en *Psicología Pastoral...*, p. 190.

²⁹ En esta parte se apoya en los trabajos de VERENA KAST: *Zur Bedeutung der Trauer im therapeutischen Prozeß y Trauen, Phasen und Chancen des psychischen Prozesses*. Citado en *Psicología Pastoral...*, pp. 191 y ss.

de la personalidad según Fritz Riemann³⁰ y Hans Jürgen Eysenck³¹. Baumgartner expone estas teorías aquí, asegurando la utilidad de conocer las reacciones de los diferentes tipos de personalidad frente a la crisis. Al tratarse de cuestiones sumamente específicas que no aportan a nuestra investigación, no vale la pena que las analicemos pormenorizadamente.

Es interesante el tratamiento que hace Baumgartner de la dolencia psíquica como crisis de vida. Las diversas perturbaciones psicológicas de los seres humanos (neurosis, psicosis, molestias psicósomáticas, etc.) representan el intento fracasado por superar situaciones críticas de vida. Afirma el autor que es de suma utilidad para el acompañante espiritual, perderle el miedo a estas situaciones y a las personas que las padecen, ya que el mismo Cristo no rehusó, sino por el contrario buscó, a los dolientes de todo tipo: enfermos, locos, poseídos, etc.

Habla aquí de la dolencia psíquica como desviación de aquello que llamamos normal, señala la dificultad de separar lo “normal” de lo “anormal”. Da algunas pautas para reconocer las psicosis y profundiza en algunos aspectos de un tipo particular de psicosis: la esquizofrenia.

A propósito de este tema hace dos observaciones lúcidas: También la persona enferma o perturbada mentalmente necesita apoyo espiritual y aún el sin-sentido de la locura tiene alguna comprensibilidad que es necesario desentrañar. En segundo lugar, afirma que nuestro miedo de contacto con las personas psíquicamente desequilibradas se arraiga en una convicción profunda que se encuentra en toda mente humana: a todos los “sanos” sólo nos separa un pequeño paso de los “locos”. Por lo tanto, rechazar a los esquizofrénicos, a los depresivos o a otro tipo de enfermos psiquiátricos es de alguna manera rechazar nuestra predisposición a la perturbación mental.

Analiza los principales síntomas de la neurosis, de las dolencias “borderline” y de la depresión. Respecto de ésta última Baumgartner toma una clasificación de la depresión que pertenece a de Peter Kielholz³².

Esta parte culmina con un planteo que trasciende lo psicológico, el autor señala que todo lo reflexionado nos deja con una pregunta religiosa y existencial, la pregunta acerca del dolor. En definitiva, concluye el autor, a la luz de la fe, la crisis más profunda que un hombre puede experimentar consiste en el alejamiento de Dios.

³⁰ RIEMANN, F. *Grundformen der Angst*. Citado en *Psicología Pastoral...*, p. 201.

³¹ EYSENCK, H. J. *The Structure of Human Personality*. Citado en *Psicología Pastoral...*, p. 212.

³² KIELHOLZ, P. *Diagnose und Therapie der Depression für den Praktiker*. Citado en *Psicología Pastoral...*, p. 240.

Lo más logrado de esta tercera parte son los aportes psicológicos que hace el autor, integrando, sin mezclar, la perspectiva de la fe. Lo menos logrado son algunas interpretaciones de textos bíblicos, que no parecen estar en el contexto de la Escritura³³.

“Entonces se les acercó Dios y caminó con ellos” – Criterios y Crítica al Acompañamiento desde el Consejo Espiritual, en las Crisis Vitales

Si en la tercera parte del libro de Baumgartner, el eje de reflexión era la persona en crisis y su problemática, aquí la atención está dirigida hacia el acompañante espiritual.

Baumgartner parte de una certeza que esgrime como teoría: Dios ha demostrado a través de toda la historia de la salvación que está cerca de los que sufren y recomienda que nos ayudemos unos a otros en los dolores, crisis, etc. Tiene expresiones muy buenas para definir la cercanía divina en el dolor, por ejemplo, hablando de casos concretos que aparecen en los evangelios, dice: “... *es imposible no reconocer cómo se pone en claro aquí la toma de partido de Dios por los que sufren*”³⁴.

A la luz de esta pedagogía divina, la Iglesia está llamada a ser “Sacramento del Dios Acompañante”. La Iglesia debe ser mistagógica, y esta característica aplicada al consejo espiritual significa que dicho consejo debe realizar a grandes rasgos los contenidos de los que habla.

Objetivos de este acompañamiento espiritual son para Baumgartner: *conducir* al hombre hacia el misterio de su historia con Dios y al mismo tiempo *facilitar* el proceso de salvación para el conjunto de la persona³⁵, de esta manera señala que no deben separarse, sino más bien integrarse la psicología y la espiritualidad.

El autor se pregunta por el lugar que tiene en la pastoral el consejo espiritual y concluye que ese espacio es reducido y que se lo suele reemplazar por una información acerca de Dios³⁶.

³³ Por ejemplo la interpretación de la supuesta esquizofrenia del endemoniado de Gerasa (*Mc* 5,1-20), que se hace en las páginas 229-230.

³⁴ Cfr. p. 261.

³⁵ Las expresiones “historia de Dios” e “historia del hombre con Dios” y otras similares, son comunes en el texto de BAUMGARTNER. Entendemos que con dichas expresiones él se está refiriendo a la historia de la salvación personal y comunitaria, y a su proclamación por parte de la Iglesia o de los acompañantes espirituales.

³⁶ El autor habla concretamente de la realidad pastoral de Alemania. En estas latitudes se dan hechos y circunstancias parecidos y también muy distintos de las que BAUMGARTNER refiere en su libro.

Constata la dificultad de acercamiento a sus acompañados que tienen muchos acompañantes y las formas que reviste dicho distanciamiento. Esta parte es muy útil para la práctica concreta del acompañamiento espiritual.

De una manera muy accesible para quienes no poseen conocimientos psicológicos, explica los mecanismos inconscientes que pueden provocar rechazo hacia el acompañado o interferencias en la comunicación con él, a las que llama “intrusos” o “polizones”³⁷, del diálogo de acompañamiento.

Dedica una sección de esta cuarta parte a analizar cómo son de apropiados los consejeros espirituales para acercarse y acompañar a las personas. Este análisis es realizado con la ayuda de numerosos tests y trabajos de investigación que el autor mismo hace o toma de fuentes que él considera fidedignas.

Baumgartner realizó un cuestionario de inseguridad entre los acompañantes espirituales³⁸, que lo condujo a las siguientes conclusiones:

1. Los consejeros espirituales muestran bastante miedo al ridículo, al fracaso, a la crítica y a la consideración pública.
2. Se les hace difícil decir “no” y expresan excesiva complacencia respecto de los reclamos de los demás.
3. Tienden a experimentar sentimientos de culpa cuando no satisfacen las demandas de otras personas.
4. Tienen una excesiva valoración de las normas.
5. Entre los encuestados, los sacerdotes y los candidatos al sacerdocio muestran miedo al contacto con las personas.

A partir de éste y otros estudios de personalidad realizados, Baumgartner elabora algunas tesis psicodiagnósticas referentes a la probable personalidad del consejero espiritual:

1. Los consejeros espirituales registran en sí de una manera más clara que otras personas, cargas corporales y perturbaciones psicósomáticas.
2. Son más introvertidos, con una menor necesidad de contacto social que la media de los seres humanos.
3. Experimentan, comparativamente, un alto grado de miedo social, en forma de miedo al fracaso y a la crítica, miedo al contacto, no poder

³⁷ Así los llama el autor, ver por ejemplo pp. 294 ss. de su Manual.

³⁸ Los protagonistas de los diversos cuestionarios, relevamientos y tests psicodiagnósticos, eran un grupo más o menos extenso según los casos de acompañantes espirituales compuestos por: candidatos a las Sagradas Órdenes, estudiantes laicos de teología (o egresados recientes) y presbíteros.

- decir “no”. Tienden a una excesiva cortesía y condescendencia.
4. Se muestran indiferentes o distantes respecto de las personas con conflictos cotidianos.
 5. Les resulta difícil percibir adecuadamente pequeñas debilidades y faltas en sí mismos y comunicarlas con franqueza.
 6. Tienden a desplazar de la conciencia los impulsos agresivos hacia otros. Ellos asimilan sus agresiones dirigiéndolas inconscientemente contra la propia persona, en forma de autocrítica y sentimientos de culpa afines a la depresión.

A partir de estas tesis, Baumgartner dibuja una posible psicogénesis del consejero espiritual, es decir, una historia del desarrollo psicológico de una persona que tiene las características arriba mencionadas. También explica cómo algunas falencias de ese desarrollo pueden perjudicar su ministerio.

A esta altura de la exposición, el mismo autor se hace una pregunta que cualquier lector seguramente querría hacerle: Entonces, ¿Son los consejeros espirituales adecuados para el acompañamiento espiritual? Al responder, Baumgartner relativiza los resultados de sus propios estudios y destaca la importancia del conocimiento de sí mismo, ya que sólo quien se conoce y se acepta puede hacer otro tanto con los demás.

Apoyándose en la autoridad de varios pensadores del mundo de la psicología y de la espiritualidad³⁹, resalta la figura del “sanador herido”. Con frecuencia el acompañante será eso, alguien que ayude a otros, no desde la plena salud psicológica y espiritual, sino desde la conciencia de sus deficiencias. Dicha conciencia resulta vital para que estas deficiencias no perturben la relación de acompañamiento.

Realizada la constatación de las deficiencias de los acompañantes espirituales, parece obligado trazar un plan de formación que contemple los vacíos a cubrir de acuerdo al diagnóstico encontrado. El autor propone un itinerario para los futuros acompañantes espirituales, en tres áreas: la formación espiritual, el estudio de teorías psicológicas y pastorales y la práctica supervisada en diversos ambientes pastorales. Baumgartner describe un detallado currículum y planificación de los estudios psicológicos y pastorales, acompañados de supervisiones y prácticas. Este esquema ha sido probado por él mismo desde 1975; la fluidez con que lo presenta, nos permite sospechar su viabilidad y su eficacia, al menos en su medio.

³⁹ Cita figuras tan diversas como JOHANNES TAULER, CARL JUNG y HENRY NOUWEN.

5. Javier Garrido: *Antropología, espiritualidad y una visión particular de las crisis*

Garrido lo señala en el prólogo y lo repite en numerosas oportunidades: el objetivo del libro⁴⁰ es “*responder a la cuestión que atraviesa la conciencia cristiana en nuestra cultura occidental: cómo traducir antropológicamente el don de Dios en Cristo*”⁴¹.

Al leer el título o repasar el índice de su trabajo, uno puede pensar que se trata de un manual de teología espiritual que recorre los grandes temas propios de esta disciplina: mediaciones, etapas de la vida espiritual, discernimiento, etc. Pero algunos de los términos utilizados y la definición del objetivo del libro, nos hace sospechar que no nos encontramos frente a un texto típico de teología espiritual.

Se trata de una obra peculiar por varias razones: *Por el modo de encarar los temas*, ya que su propósito es poner en diálogo a la tradición espiritual de la Iglesia con los aportes de la modernidad, particularmente con dos de ellos: el giro antropocéntrico y el nuevo modo de abordar la realidad, (especialmente a través de las ciencias humanas, cfr. p. 14). Su enfoque, además, es sumamente personal y requiere un cierto tiempo familiarizarse con su forma de pensar y de desarrollar los temas. *Por los términos que utiliza*: Para desarrollar este enfoque valioso y novedoso, usa una terminología muy particular, no tanto por las palabras en sí mismas, sino por el significado que Garrido les da, por ejemplo el término “personalización” tiene unas connotaciones especiales y se necesita adentrarse bastante en el texto para precisar su significado. *Por el hecho de ser síntesis de su pensamiento*, en el que se encuentran páginas, pero sobre todo ideas, de libros anteriores de Garrido. Creo que leer esta obra puede darnos un panorama bastante acabado de todo el pensamiento del autor. *Por manejarse continuamente en tres dimensiones, la antropológica, la existencial y la espiritual*. ¿Dónde comienza una y termina la otra? Es uno de los desafíos que deberá encarar quien se adentre en la lectura de estas páginas.

El trabajo de Garrido es voluminoso (623 páginas) y se divide en tres partes. Vamos a analizar elementos de la primera y segunda.

1. En la primera parte, **Fundamentos**, se van esbozando los distintos elementos que ha de tener en cuenta el lector, y los ejes del pensamiento del autor, basten los títulos de algunos de los capítulos para ilustrar lo que estamos afirmando: “el giro antropocéntrico”, “espiritualidad y ciencias humanas”, “el modelo de

⁴⁰ Se trata de *Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*. Citado al comienzo de estas líneas.

⁴¹ *Proceso humano...*, p. 14.

personalización”.

Uno de los temas abordados es el de “*dramática existencial*”: Dicha dramática, de la cual es protagonista todo ser humano, consiste en el hecho de que el dolor y las circunstancias críticas en la vida son inexorables. Garrido pone como paradigma de esta dramática existencial la libertad y las diversas opciones que hay que hacer en la existencia, en cuanto hechos específicamente humanos. Hay elementos significativos en esta dramática: la estructura de la persona, el proceso de transformación espiritual y los ciclos vitales. Desde el comienzo el autor habla de crisis y las coloca en el lugar central del crecimiento: sin crisis no hay crecimiento. Al mismo tiempo, se las asocia a lo existencial, las crisis son crisis existenciales, vale decir, planteos que apuntan a los grandes temas de la vida.

En reiteradas oportunidades afirma que existe una correlación entre transformación y dramática de la existencia. Una de las tesis del libro consiste en sostener que los conflictos y sus rupturas concentran los momentos y los significados del proceso de transformación de la persona.

Para Garrido, existe una relación estrecha entre las crisis humanas y las crisis religiosas, de manera tal que, en una persona de fe, un conflicto humano tendrá siempre una consecuencia religiosa, y viceversa.

Apunta algunas de las crisis características de las diversas etapas de la vida:

- Entre la adolescencia y la adultez (18-25 años) la crisis característica es la de la autoimagen, en la que se va a hacer una búsqueda más profunda de la identidad que la que se hizo en la adolescencia propiamente dicha. Sucede que la persona que aún no ha madurado suficientemente, suele identificar sus deseos, con la imagen de sí mismo. La crisis de autoimagen consiste en “desmontar” esa imagen idealizada de sí, separando los legítimos deseos de santidad de la propia realidad tal y como es en el presente. Dicho encuentro con lo real es difícil pero liberador y tiene como fruto no sólo una actitud humilde, sino una aceptación de sí mismo, basada en la verdad.
- El joven adulto (entre los 25 y los 40/45 años), vive una etapa vital caracterizada por el crecimiento y la integración de los diversos aspectos de la vida. Hacia los 35 años, comienzan los primeros “síntomas” de la crisis de realismo, que durará varios años.
- El adulto maduro (entre los 40-45 y los 60-65 años) se enfrenta con la “crisis de reducción”, etapa de ir cerrando círculos y de sacar conclusiones acerca de lo realizado.
- El adulto anciano (a partir de los 60/65 años), se encuentra en un período de grandes cambios: retiro laboral, soledad familiar, moles-

tias físicas y la certeza de tener no lejana la muerte, preguntándose cómo será la etapa final del camino.

Hablando del valor de las crisis, Garrido nos entrega una especie de definición: *Las crisis... representan los momentos decisivos del proceso, para bien o para mal. Toda transformación introduce en el sujeto la negación y la fractura, la ambivalencia o la síntesis de contrarios*⁴².

Las crisis son según el autor, momentos que iluminan las distintas etapas del proceso espiritual, las hace equivaler a lo que la Biblia llama “pruebas” y están ligadas a los momentos decisivos de la historia de la salvación. Relaciona también a las crisis con el “*kairós*” bíblico, es decir, momento de gracia en que la acción salvadora de Dios se hace especialmente presente.

Marca en diversos lugares y de distintas maneras que el paso de Dios por la vida de los hombres se realiza la mayor parte de las veces, a través de los problemas y las circunstancias que podríamos calificar de “simplemente humanas”. La crisis, que actúa desde dentro del hombre, es al mismo tiempo don libre de Dios. Colocando a la persona en la verdad de su vida, vale decir, en la imposibilidad de su autosalvación, es el gran regalo con el que Dios sale al encuentro de nuestra necesidad.

Garrido termina el tema señalando que es propio de la vida cristiana, el estar expuesta al sufrimiento, porque está inscrita en una dinámica de amor. El cristiano es un hombre al que la realidad le “afecta” en todas sus dimensiones, que por su misma manera de encarar la vida, vive muchas veces tratando de reconciliar los opuestos: el ideal de santidad y sus propias limitaciones, la acción y la contemplación, la incondicionalidad del amor y la aceptación de su egoísmo, etc. Me parece lúcido el intento de Garrido de no asociar la santidad cristiana con la impasibilidad de los estoicos griegos, e incorporar el sufrimiento como un elemento más del camino cristiano, que nos capacita en nuestro aprendizaje del amor evangélico.

2. La segunda parte, **Proceso**, trata en general, de la transformación espiritual y de sus etapas. En este lugar, Garrido nos habla de la crisis de identidad. Afirma que una visión integral de la conversión exige comprenderla en relación con los problemas de identidad, por ejemplo, en la posadolescencia o en la primera juventud, hay una búsqueda de identidad social, que se canaliza muchas veces en una conversión de tipo religioso. De hecho la primera conversión o el encuentro más consciente con Dios, tiene lugar en la posadolescencia, y viene mezclado con este tipo de cuestionamientos. Allí la conversión tiene su valor psicosocial pero

⁴² *Proceso humano...*, p. 191.

necesita ser aún profundizada, para que tenga un carácter de adhesión personal.

La crisis de identidad tiene dimensiones psicosociales, existenciales y espirituales, y conduce a preguntas de este tipo: ¿Quién soy yo?, ¿Qué quiero ser?, ¿Qué realidades de mi persona son enteramente mías y cuáles he olvidado o negado?. En esa búsqueda, al creyente se le plantea el tema de Dios: ¿Qué ha pensado Dios que yo sea o que yo haga? ¿Qué quieres, Señor de mí? El planteo religioso está al comienzo y al final de la crisis de identidad y de autoimagen.

La evolución de la identidad tiene dos etapas, la primera está determinada por la búsqueda de sí mismo y por la pregunta ¿Quién soy yo?, la segunda está más inclinada hacia el entorno, el quehacer y el futuro: ¿Qué quiero hacer con mi vida?

La crisis de identidad tampoco es privativa del adolescente o del adulto joven, ya que diversas circunstancias de la vida cuestionan o ponen en crisis la identidad, por ejemplo en la mediana edad, o frente al fracaso de un proyecto significativo, etc. El autor señala que la identidad no se asume plenamente hasta que no está planteada la cuestión religiosa, hasta que la persona no se ha encontrado a sí misma en Dios, por eso la conversión tiene tanto que ver con la identidad.

A esta altura de la exposición, Garrido intercala otro concepto característico suyo: la “experiencia configuradora”. Se trata de aquella situación histórica a través de la cual llega la conversión. No es la conversión en sí misma, pero la posibilita, por ejemplo, para san Francisco fue el encuentro con los leprosos, lo que lo abrió a la misericordia y lo que determinó su encuentro definitivo con Dios.

Cuando Garrido habla del tema de la relación con Dios, lo que resulta interesante para nuestro propósito es la afirmación que hace respecto del conflicto como hecho inherente a todo encuentro interpersonal, por lo tanto también estará presente en la relación con Dios.

Después de numerosas idas y vueltas por la antropología, la psicología, la filosofía y la espiritualidad, la conclusión es luminosa y el autor la presenta como la tesis antropológica y teológica que sustenta su libro: “*Nada transforma tanto como la relación interpersonal con el Dios Vivo*”⁴³.

El autor afirma respecto de la integración entre lo humano y lo espiritual, que dicha integración corre paralela con la crisis de realismo propia de la mediana edad, y supone la crisis de autoimagen. El significado profundo de la crisis de realismo, consiste en esta paradoja: cuando lo real se impone por encima de mis proyectos, todavía me queda la esperanza, con la condición de que sea teologal.

El proceso de integración se hace primordialmente viviendo a fondo todo lo que a la persona le toca vivir, en especial las relaciones interpersonales. Dicho

⁴³ *Proceso humano...*, p. 263

proceso pretende establecer un vínculo armónico entre fe y vida, aceptando esta en su riqueza y complejidad y dejándose interpelar por la fe. Hay que saber vivir una sana tensión entre los ideales y la realidad.

Garrido señala que integración y renuncia no se oponen, sino que son correlativas: la renuncia tiene sentido si posibilita la integración. La integración que aquí se describe, no es aún unificación espiritual, pero la posibilita, si ha sido auténtica, prepara a la persona para la segunda conversión.

- El cristiano medio

Garrido retoma en esta obra, el tema de otro de sus libros⁴⁴, el objetivo es abordar una etapa indefinida de la vida espiritual, muchas veces no tenida en cuenta por los autores, pero que abarca un trecho relativamente largo de la vida cristiana. Se trata de los “medianos”, no son los principiantes, ya que tuvieron su experiencia fundante hace tiempo y permanecen fieles a ella; tampoco son los iluminados, porque ni han llegado a la contemplación infusa, ni la vida teologal resplandece totalmente en su obrar. Los medianos están consolidándose en las virtudes tanto morales como teologales, les falta la “unificación”, ya que no han alcanzado aún la segunda conversión. Distingue la “meseta” que caracteriza este período de crecimiento, de la mediocridad y tibieza (en estas últimas hay un claro deseo de no crecer).

En este capítulo analiza dos tipos de crisis: la *crisis de realismo* y la *crisis de fe*.

- a) En cuanto a la *crisis de realismo*, es una de las mejor descritas en el libro, la asocia a lo que los Padres llaman “demonio meridiano” y que identificaron con la desesperanza de los generosos. Modernamente es conocida como la crisis de la mitad de la vida ya que tiene lugar, en general, entre los cuarenta y los cincuenta años.

El autor señala que a partir de los dieciocho años, la vida es búsqueda de identidad, lanzarse en pos de un proyecto y tratar de desarrollarlo. A partir de los cuarenta, la vida revela los fundamentos reales en que se ha definido una persona y sus decisiones. Es una época de la existencia en la que suele sentirse el cansancio, que se hace mayor cuanto más sobrecarga se soporta. La tensión está asociada a la crisis de proyecto: después de haber dejado la vida detrás de la familia, la comunidad religiosa, la parroquia, el trabajo, la persona se pregunta: ¿Valía la pena? Se supone que en ese momento hay que recoger los frutos, sin embargo, sólo se siente el peso de la responsabilidad, de la que nunca parece posible desprenderse. Esta crisis, con el cansancio que trae, da

⁴⁴ *Ni santo ni mediocre*, Navarra, 1992.

lugar a la tentación de la evasión. Se tiene una sensación difusa de miedo y de insatisfacción, no sucede “nada grave”, pero las personas y actividades, ya no producen ilusión. La idea de pérdida es una de las recurrentes: pérdida de salud, del trabajo, de los hijos, de lo adquirido con esfuerzo durante años.

El costado positivo de esta crisis consiste en que a fuerza de tiempo, experiencia, desencantos y realizaciones, el hombre o la mujer de cuarenta/cincuenta años, ha llegado a conocerse. Si es medianamente maduro sabe lo que puede esperar de sí mismo y de la vida. Quizás solamente a esta altura es consciente de lo que puede y de lo que no puede.

La paradoja de esta crisis (podríamos decir también: su resolución positiva), consiste en que el ser humano que se ha logrado reconciliar con lo real y consigo mismo, más que nada con su finitud, conoce en esta edad una plenitud insospechada.

Podemos decir que el joven cree en sus ideas, pero el hombre maduro conoce el valor real de las ideas, de las cosas, de las personas, por eso la mediana edad bien vivida es altamente productiva.

El realismo que caracteriza esta etapa puede devenir escepticismo y mediocridad, pero también puede expresar la plenitud y la riqueza de una personalidad aquilatada. Las personas, ya no son teorías sino seres humanos concretos, las tareas no son sólo proyectos, sino lucha sostenida.

- b) *Crisis de fe*: Si en la vida no han existido convicciones profundas de fe, o esta ha sido una postura superficial, la mediana edad no traerá problemas en este sentido, ya que la fe continuará siendo lo que era: un problema de superficie. Pero si la fe es la experiencia central y la clave de lectura de toda la vida, forzosamente se verá sometida a una crisis, ya que lo que se cuestiona en esta etapa es el sentido global de la vida y por lo tanto, también la fe. En períodos anteriores, la fe venía mezclada con otros elementos: fantasías, expectativas falsas, etc. En esta etapa la fe ya ha conocido varias pruebas y dificultades y surge el interrogante muchas veces no deseado, pero inevitable: ¿Merecía la pena esperar tanto de Dios? ¿Las personas de fe, tenemos una vida más plena o más feliz que las otras personas?

Hay algunas *tentaciones espirituales*, características del “cristiano medio”:

- Las dudas de fe: son las concreciones de la inquietud existencial-global propias del período.
- Desesperanza: a esta altura de la vida, se tiene la experiencia de que todas las cosas humanas son relativas, hasta las mejores y más nobles. Incluso se pregunta si el proyecto cristiano no será una utopía irrealizable.

- Aridez: con frecuencia Dios parece lejano, y no termina de colmar las expectativas del corazón, en un momento en el que las necesidades afectivas son grandes.

Lo paradójico de la crisis de fe, es que se resuelve mediante la fe misma, viviéndola con fidelidad y aceptando todas sus alternativas. Es el camino del discipulado que describe el evangelio: es necesario vivir al ritmo de Cristo el aprendizaje en la fe.

Garrido propone de una manera bastante taxativa, que la única respuesta adecuada a la crisis del cristiano medio es la segunda conversión.

Si bien la segunda conversión es obra de la Gracia, hay algunas actitudes que pueden disponernos mejor para este paso de Dios por nuestra vida: aprender a vivir en la verdad de nosotros mismos y de lo que nos rodea, descubrir la presencia de Dios en lo cotidiano, perseverar en la oración. Se señalan también algunos frutos de la perseverancia en la etapa de la “medianía”: fortaleza, integración de las virtudes morales y teológicas, paz interior, amor que va madurando, consolidación de la experiencia fundante.

- Purificación y transformación

Según Garrido, la dinámica de lo que se suele llamar “transformación espiritual” se da en la interioridad de la persona, en el núcleo íntimo que sólo puede ser alcanzado por Dios. Muchos tratadistas han intentado establecer las etapas de esta dinámica hasta la unión definitiva con Dios. Garrido opta por el esquema de las noches de san Juan de la Cruz, por varias razones: porque este esquema permite describir el proceso de transformación desde lo teológico, porque precisa los núcleos críticos de transformación: la afectividad y el pecado, porque muestra el proceso espiritual, no como algo lineal, sino como dramática existencial.

El autor desarrolla el significado del simbolismo de la noche, como purificación, como necesaria ruptura entre el orden natural, en sí mismo bueno, pero insuficiente para acceder a la amistad con Dios.

Marca la diferencia, pero al mismo tiempo la unidad originaria del amor cristiano, no hay dos amores, el trascendente y el inmanente, sino una sola vida de amor, que viene de Dios y recrea el deseo bajo la acción del Espíritu Santo. El amor cristiano no sustituye el deseo, sino que lo asume, lo purifica y lo restaura en su bondad creatural original, al desapropiarlo de su afán posesivo. Esta “tesis” acerca de la unidad entre los dos amores, el divino y el humano, aparece varias veces a lo largo del libro.

La purificación que se da en la noche del sentido, tiene que ver, según Garrido, con la afectividad; la noche del espíritu, en cambio, apunta directamente a las virtu-

des teologales, entre las cuales tiene la primacía la caridad. A la noche del espíritu, la llama “purificación del corazón”, en el sentido de “núcleo más profundo” de la persona. Toda purificación tiene lugar a través de la “noche”, que podríamos identificar con todo aquello que en la vida tiene que ver con el sufrimiento, en cuanto es aprovechado para el crecimiento y para el desapego de lo que no es esencial.

Garrido coloca todas estas reflexiones en su modelo antropológico de personalización, en el cual, tiene una importancia considerable la concepción dramática de la existencia, para usar sus palabras: “*Al dar un carácter dramático a la vida, no negamos el crecimiento, sino que valoramos como determinantes los momentos/fases críticos. Aplicado a la vida espiritual, esto significa que las noches del deseo y del espíritu ocupan el lugar central en el desarrollo de la vida cristiana*”⁴⁵.

En vez de considerar la crisis, como el momento de transición entre dos etapas de plenitud, (tal como lo hacen otros pensadores), él considera al amor en el centro del proceso, en el que se dan momentos de plenitud y momentos de oscuridad y todos son importantes porque sin ellos no habría crecimiento. Acota, sin embargo, una observación interesante: “*Compete al sufrimiento despertar lo verdaderamente espiritual del hombre (...) es como una moneda de dos caras (...) o cierra cada vez más a la persona, replegándola sobre sí misma, o la abre, renovando el sentido de la vida*”⁴⁶.

El autor afirma la simultaneidad de la purificación activa, y de la purificación pasiva, siendo esta última la determinante. Esta es otra de las ideas recurrentes del libro.

6. Algunos apuntes a modo de conclusión

Podríamos decir en general, que el tema crisis se encuentra en una etapa descriptiva. Los diversos autores hacen sobre todo, exposiciones interesantes y completas del fenómeno “crisis”, y elaboran, por tanto, buenas descripciones. El único que se aventura con una teoría general de la crisis es Slaikeu⁴⁷, pero lo hace desde una perspectiva psicológica.

⁴⁵ *Proceso humano...*, p. 473.

⁴⁶ *Proceso humano...*, p. 473.

⁴⁷ Supongo que SLAIKEU negaría lo que aquí decimos de él, ya que afirma en su manual que la sistematización del tema se encuentra aún pendiente y que no está suficientemente elaborada una teoría de la crisis. Sin embargo, él la expone de una manera bastante amplia y orgánica.

6.1 ¿Crisis espirituales?

El subtítulo de estas páginas es: “Una aproximación a las crisis espirituales”, y puede no verse claramente la vinculación entre los dos términos: “crisis” y “espirituales”. En cada uno de los autores podemos verificarla, pero de distintos modos: De Cándido y Garrido son los que más vinculan el concepto “crisis”, con el adjetivo o la calificación de “espiritual”. El concepto se encuentra en Nemeck y Coombs, con las palabras “umbrales críticos” o “noches”. Slaikeu, como veíamos es quien más nos habla del tema “crisis”, pero su vinculación con lo espiritual, está dada por la vía de lo pastoral, a través de la ayuda que pueden prestar los asesores o acompañantes espirituales. Baumgartner asocia crisis y espiritualidad, por medio de la imagen del camino de Emaús, que es para él, el paradigma del itinerario espiritual. Caracteriza adecuadamente lo que debería ser el estudio de la crisis como situación del ser humano frente a Dios.

Creo que todos los autores estarían de acuerdo en afirmar que aún siendo válidas las aclaraciones y precisiones, *toda crisis es espiritual*, porque es crisis de la persona. Además, se pone de manifiesto en sus investigaciones, que la circunstancia crítica involucra la totalidad de la vida de una manera tan profunda, que no queda ninguna esfera sin ser afectada por ella.

Podríamos decir que la circunstancia crítica suele comenzar su proceso desequilibrante en algún campo determinado de la existencia, pero cuando es una verdadera crisis, no deja nada fuera de su influencia.

Por ejemplo: una persona pierde su trabajo (suceso desencadenante) y con el desempleo comienza a plantearse el sentido de su quehacer y de la vocación elegida (primer ámbito afectado), con el transcurso del tiempo aparecen las dificultades económicas, familiares, los desequilibrios en las relaciones interpersonales, etc. (efecto “dominó”, característico de la situación de crisis). Finalmente es posible que la persona termine cuestionándose el sentido total de su vida y allí terminamos de ver el alcance global de la crisis. Es probable que al comienzo del proceso, un observador externo dijera “*fulano perdió su trabajo*”, al fin de la descripción que hemos hecho, presumiblemente dirá “*está en crisis*”.

¿Es ésta una crisis espiritual? Se podría opinar que no, ya que a lo largo de esta descripción, no aparece ningún planteo de los que solemos denominar “espirituales”, no se lo nombra a Dios, ni hay referencias religiosas. Sin embargo, por lo que hemos visto y analizado ya, podemos decir que el ejemplo propuesto, como toda crisis, es espiritual.

En primer lugar, porque es crisis de una persona; en segundo lugar, porque si esa persona es creyente, al tantear su límite existencial recurrirá a Dios pidiendo su ayuda o declarando su abandono, pero difícilmente omitirá la referencia a lo

divino. Si el protagonista es un no-creyente, habrá llegado a la cuestión inmediatamente anterior a lo religioso, que es la pregunta por el sentido. Se encuentra en un auténtico “preámbulo de la fe”, y todas las condiciones están dadas para que se plantee de alguna manera la posibilidad de la existencia de Dios, y de su posible intervención en los asuntos de este mundo en general, y de su vida en particular.

Por otra parte, si hemos aceptado como válido el hecho de que ningún aspecto de la existencia queda excluido de una crisis que merezca el nombre de tal, parece evidente que la dimensión espiritual, siendo lo más humano de lo humano, (aunque por hipótesis otros ámbitos permanecieran a salvo), se verá siempre implicada.

6.2 Un tema que permanece “abierto”

Sería poco apropiado intentar cerrar aquí el tema, cuando lo que estuvimos tratando de hacer a lo largo de estas páginas fue abrirlo al modo de un abanico.

Una de las sensaciones que podemos tener después de leer las posturas de los diversos autores es la de dispersión; un segundo momento, sin embargo, nos revela algunos puntos de contacto, y algunos sub-temas en los que sería interesante profundizar. Apunto algunos, a la espera de que algún lector de buena voluntad, se arriesgue a completar la lista.

a. *Relación entre “noche” y “crisis”:*

Nemeck y Coombs son quienes más trabajan esta relación, veamos algunas precisiones. Según estos autores en el concepto de “noche oscura” están comprendidas todas las características que puede tener una crisis espiritual, sus etapas, el modo en que conviene vivirla y superarla.

La describen en los términos clásicos de la espiritualidad de san Juan de la Cruz: *“Esta noche oscura es una influencia de Dios en el alma... hace dos principales efectos porque la dispone purgándola e iluminándola para la unión de amor con Dios”*⁴⁸. La dividen también en noche del sentido y noche del espíritu.

La “noche” tiene algunas señales de autenticidad que es conveniente reconocer: experiencia cada vez más profunda de aridez a todo nivel; creciente ansiedad espiritual y angustia por querer saber lo que está pasando; amor a Dios también en aumento. Las virtudes teologales van señalando nuestro crecimiento en la noche.

Se describe la fe como proceso dinámico de entrega interpersonal, es causa de la noche y al mismo tiempo es también la única guía a través de ella.

⁴⁸ 2 Noche, 5,1.

En la noche del espíritu, Dios realiza en nosotros una tarea de desapego y purificación despojándonos de ciertos apoyos, apegos y mecanismos de defensa. Esto se revela especialmente en algunas áreas de la vida: la entrega, la escala de valores y la identidad personal.

Frente a la aridez generalizada que se experimenta en la noche, (que también es noche de la esperanza), se pueden tener dos posibles reacciones: o una renovada esperanza en Dios, o la desesperación.

Una vez atravesada la noche, el amor a Dios y a los hermanos crece sobre todo cualitativamente, desplazando su eje de la atención puesta en sí mismo, a la atención puesta en el amado.

En su obra, Nemeck y Coombs se colocan en una perspectiva evolutiva e intentan establecer un diálogo entre el esquema que proponen de la trayectoria espiritual y las etapas de madurez humana que estudia la psicología contemporánea.

El aporte de estos autores es interesante, pero no suficiente. Creo que sería útil profundizar en la relación crisis – noche.

b. La transformación espiritual como consecuencia de la crisis:

Explícitamente lo señalaba Slaikeu e implícitamente lo afirmaban todos los otros autores estudiados: no se sale de una crisis de la misma manera que se ingresó en ella. Cabe preguntarse, ¿Qué es lo que transforma? ¿La experiencia de dolor? ¿Las nuevas conceptualizaciones que se hacen a partir del suceso de crisis? ¿La experiencia crítica en sí misma? ¿El mayor autoconocimiento que trae aparejada la crisis?

Sería interesante ahondar en este tema, como otra posible línea de investigación⁴⁹.

c. Necesidad de resolver adecuadamente las crisis o el “asunto pendiente”:

Sería interesante estudiar la teoría del “asunto pendiente”, en su doble vertiente: psicológica y espiritual. Es claro que los conflictos no resueltos a nivel psicológico dejan sus huellas, pero, ¿no podríamos decir que sucede otro tanto a nivel espiritual? Para responder a esta pregunta habría que encarar una investigación interdisciplinaria, que permitiera verificar si espiritualmente se da lo que conocemos acerca de la psicología de la persona.

Pero esto traería a su vez una pregunta previa: ¿Es posible dividir tanto en una

⁴⁹ Una mirada interesante al respecto podemos encontrarla en el libro de A. GRÜN, *Transformación. Una dimensión olvidada de la vida espiritual*, Bs. As., 1997. Particularmente en los párrafos dedicados al sufrimiento como lugar de transformación, pp. 87-92.

persona, el ámbito psicológico y el espiritual? Y aún una pregunta anterior, ¿Cuál es la relación entre psicología y espiritualidad?

d. Algunas crisis, especialmente evolutivas, como paradigma:

La psicología del desarrollo de Erikson nos ha señalado abundantemente la necesidad de las crisis para crecer, pero esta perspectiva ya nos resultaba conocida por la enseñanza espiritual de la Iglesia. El ejemplo más difundido es el del “demonio meridiano” al que solían referirse los Padres del desierto y que hoy solemos llamar “crisis de la mitad de la vida”. Podemos sospechar que el estudio de una crisis en particular, como esta, podría ofrecernos herramientas válidas para comprender el fenómeno crítico en general.

e. Acompañamiento a la persona en crisis:

A este acompañamiento Slaikou lo llama “intervención en crisis” y es en realidad el objetivo de su trabajo que se llama precisamente “*Manual de intervención en crisis*”. Todo el esfuerzo teórico y de investigación tiene como finalidad el ámbito terapéutico. En esta área su aporte es tan importante como en la anterior (la teoría de la crisis), ya que ofrece un valioso material de experiencias de ayuda.

Establece un enfoque amplio para la intervención en crisis que contempla los objetivos, la duración, los distintos tipos de ayuda, la evaluación del trabajo y de las etapas, mostrando un modo concreto de llevar a cabo la intervención.

Slaikou fundamenta el enfoque multidisciplinar, al que llama “multimodal”. A partir de la experiencia y de investigaciones previas, nos muestra que la persona en crisis no puede ser ayudada sólo desde lo médico, o sólo desde lo psicológico, o sólo desde lo espiritual, etc. La crisis es una situación tan amplia y tan “devastadora”, que se requiere una tarea de conjunto para la asistencia.

Al hablar de la intervención en crisis por el clero o por los diversos asistentes pastorales, el autor los señala como una de las referencias naturales de la persona y por lo tanto, “naturalmente” aptos para llevar adelante esta tarea.

Por otra parte, las investigaciones de Baumgartner acerca de la aptitud de los acompañantes espirituales para llevar adelante su ministerio, representan una novedad, ya que la mayoría de los trabajos sobre acompañamiento/dirección espiritual tienden a analizar más a la tarea en sí misma y al acompañado, que al acompañante. Los resultados de sus estudios son reveladores e importantes para tener en cuenta. ¿Quién acompañará a los acompañantes? Considero que es aún un tema pendiente en la praxis pastoral eclesial y que conduce a muchos problemas que podrían evitarse.

Constatadas las deficiencias de los acompañantes espirituales, Baumgartner traza un plan de formación que contempla los vacíos a cubrir de acuerdo al diag-

nóstico encontrado. El autor propone un itinerario para los futuros acompañantes espirituales en tres áreas: la formación espiritual, el estudio de teorías psicológicas y pastorales y la práctica supervisada en diversos ambientes pastorales.

Describe un detallado currículum y planificación de los estudios psicológicos y pastorales, acompañados de supervisiones y prácticas, que él mismo ha implementado y experimentado con sus alumnos en Passau y en Viena.

f. *Crisis: tema de diálogo interdisciplinar:*

Veamos qué opinan al respecto los autores que hemos estudiado:

- Luigi de Cándido: No se observa en este autor un planteo explícito de diálogo interdisciplinar, pero incluye desde el comienzo de su artículo el enfoque multimodal de la crisis, de manera tal que tampoco sería ajeno a su pensamiento un diálogo de esta naturaleza.
- F.K. Nemeck – M.T. Coombs: El concepto de umbral crítico que estos autores introducen, junto con la correlación que intentan establecer entre el crecimiento espiritual y la madurez psicológica, los coloca ya en la perspectiva interdisciplinar. Dejan abierto el camino para estudiar las crisis espirituales, que probablemente ellos caracterizarían como noche oscura, en relación con las diversas crisis psicológicas. Concretamente, me parece que sería interesante investigar las repercusiones psicológicas de las crisis espirituales.
- Karl A. Slaikeu: Todo el “Manual de intervención en crisis” es una invitación al enfoque interdisciplinar, que él mismo propone. Resultaría útil seguir investigando especialmente a la luz de este libro, acerca del tratamiento de las crisis desde las perspectivas psicológica, espiritual y pastoral. El autor propone un método de intervención en crisis, que ya hemos tratado en su momento, que no sería difícil de adaptar a la praxis pastoral.
- Isidor Baumgartner: Al presentar las crisis de desarrollo y valorar críticamente el trabajo de E. Erikson respecto de las etapas de madurez psicosocial, propone hacer un paralelismo entre dichas etapas y las del desarrollo en la fe. Vimos un intento similar de análisis comparativo entre las etapas propuestas por la psicología evolutiva contemporánea y las etapas de madurez en la fe, en la obra de Nemeck y Coombs. Ésta también puede ser una línea válida de investigación y

diálogo interdisciplinares.

Otro tema interesante que propone Baumgartner es el análisis de la dolencia psíquica como crisis de vida. Las diversas perturbaciones psicológicas de los seres humanos (neurosis, psicosis, molestias psicosomáticas, etc.) representan el intento fracasado por superar situaciones críticas de vida. Afirma Baumgartner que es de suma utilidad para el acompañante espiritual, perderle el miedo a estas situaciones (concretamente, perderle el miedo a la locura) y a las personas que las padecen. En su momento nos mostraba este profesor de psicología pastoral, las bondades del acompañamiento espiritual a personas con perturbaciones psíquicas. Lejos de ser una tarea inútil como podría pensarse, él afirma que es saludable psicológicamente hablando y profundamente evangélico, ya que el mismo Jesús no consideró ocioso el diálogo con ninguna persona.

Podemos decir que la enfermedad mental, no es sólo una dolencia psicológica, sino también espiritual. Tanto la psicología como la teología se enriquecerían en este diálogo y muchas personas podrían ser aliviadas más eficazmente en su dolor.

- J. Garrido: En esta obra y en otras⁵⁰ de su autoría, Garrido parece estar dialogando continuamente en dos frentes. Por un lado, con la tradición espiritual de la Iglesia, con los grandes maestros espirituales y con la asimilación de los mismos por parte del pueblo de Dios. Por otro lado, le interesa poner en diálogo esta tradición, con los aportes de la modernidad, que él suele sintetizar con la expresión: “giro antropocéntrico y ciencias humanas”.

Al primer tipo de diálogo lo podemos llamar *diálogo “intraeclesial”*, ya que Garrido, poniéndose en contacto con la tradición espiritual vuelve a preguntarse sobre algunos conceptos clásicos de la espiritualidad. Su forma de proceder es la siguiente: en primer lugar cuestiona y pone objeciones, se declara de acuerdo en general con los grandes maestros místicos y espirituales (sobre todo con santa Teresa, san Juan de la Cruz y san Ignacio de Loyola), pero no con sus interpretaciones o con las conclusiones que sacaron los comentaristas. Finalmente rescata las intuiciones positivas que hay detrás de algunos conceptos que en su opinión no fueron históricamente bien planteados.

Al segundo tipo de diálogo lo llamamos *diálogo “extraeclesial”*. Las

⁵⁰ Por ejemplo en “*Adulto y cristiano*”, Santander, 1989.

características de este tipo de confrontación son distintas, porque aquí el intento de Garrido es casi siempre el de incorporar el aporte de las ciencias humanas y de la antropología moderna, a fin de acercar el Evangelio a la sensibilidad del hombre contemporáneo. Así se expresa en el prólogo de la obra que hemos estudiado: “*La intención última de estas páginas es responder a la cuestión que atraviesa la conciencia cristiana en la cultura occidental: cómo traducir antropológicamente el don de Dios en Cristo*”⁵¹.

En lo que acabamos de decir, podemos observar que el diálogo interdisciplinar en lo que a ciencias humanas se refiere, no es un “elemento más” que encontramos en la obra de Garrido, sino “*La intención última*” o el objetivo del libro, por lo tanto, están dadas las condiciones para encarar dicho diálogo en múltiples direcciones.

Garrido plantea *todos* los temas de la espiritualidad cristiana para ser enriquecidos desde las ciencias humanas, pero concretamente, no propone *ninguno*.

Personalmente creo que sería interesante llevar adelante esta confrontación a partir de la crisis de la mitad de la vida, que es uno de los temas más logrados en Garrido, estudiando paralelamente los aportes que hacen al respecto Juan Tauler, como representante de la tradición espiritual y Carl Jung, como autor de extracción psicológica⁵².

g. *La crisis como pérdida y duelo:*

Baumgartner afirma que en toda crisis hay pérdida y duelo. Sería conveniente seguir profundizando en la crisis como duelo, y en el duelo como crisis. Ambos temas se enriquecerían.

h. *Otros temas para avanzar en la investigación*

Podrían ser: la incidencia de los factores cognoscitivos durante la crisis, las diversas etapas, el modo de resolución y los factores externos, etc.

La lista sigue abierta a la espera de nuevas sugerencias. Que Dios nos regale su Gracia para poder vivir nuestras crisis con fidelidad y generosidad, acompañándonos unos a otros en ellas. Que algún día podamos hacer nuestra la experiencia de Juan de la Cruz:

⁵¹ “*Proceso humano...*”, p. 14.

⁵² Propongo concretamente a JUNG, porque el mismo GARRIDO hace algunas alusiones respecto de este autor, en su libro “*Adulto y cristiano*”.

*“¡Oh, noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!”⁵³.*

*Acassuso 653
B1642CGM San Isidro
Argentina*

⁵³ *Poema de la Noche, canción 5.*